

SE PUBLICA
LOS
DOMINGOS.
PRECIOS:
EN LA
Habana y Matanzas
UN PESO AL MES.
En el interior
TRES PESOS 50 CTS.
por trimestres, adelantados,
FRANCO DE PORTE.
EL NUMERO SUELTO
SE VENDE A
TRES RS. SENCILLOS.



REDACCION
Y ADMINISTRACION
Teniente-Rey 36
á donde se dirigirán
todas las reclamaciones
que ocurran.
—
PUEDE TAMBIEN
DARSE AVISOS
Y SUSCRIBIRSE
EN LA
IMP. DEL TIEMPO,
CUBA 71.



LA SERENATA.

PERIODICO SATIRICO, ECONOMICO Y LITERARIO.

LA PROTECCION.

QUE BUENA FELPA me le ha dado la sapientísima *Prensa de la Habana* á la libre-cambista *Iberia*, periódico peninsular! hálala puesto como nueva, á ella y á toda su maldita escuela. Así, así la merecen esos trastornadores que se titulan economistas. ¡Economistas.... y ninguno de ellos sabe ahorrar un cuarto! ¿Pues no tienen los tales angelitos la pretension de que el público compre efectos extranjeros con preferencia á los nacionales, si son aquellos mas baratos que estos? Pues qué, señores, ¿somos, acaso, unos pobretes los españoles para andar reparando cuarto mas ó ménos! Quién de nosotros no tiene cien mil pesos de renta? Yo de mí sé decir que si de presente no cuento la susodicha renta, tengo determinado hacerme millonario tan luego como para ello se me presente oportuna la ocasion; pues me encuentro con toda la aptitud necesaria para serlo. Vea V. comprar al extranjero só pretesto que vende mas barato. ¡Habrá picardía! y de industrias españolas y de.... Nada, amiga *Prensa*, nada: duro en ellos hasta anonadarlos y confundirlos en el polvo y hacerles cantar la *palinodia*. Nadie como v. md. para eso; vuesa merced debe al cielo un pico de oro, que

no hay mas que pedir. ¡Y qué elocuencia la de v. md! Y qué lógica! Y qué sapiencia! Y qué bríos! Ciceron y Demóstenes ¿qué son á vuestro lado? Con solo que v. md. les diga ¡Brrrr! se pondrán tamañitos como el Siglo y el Diario de la Marina, que bien haya.

V. md., que es profundamente sabia, tiene de comun con los oráculos griegos la circunstancia de nunca dar con las razones de sus dictámenes; no porque á v. md. le falten ¡cómo han de faltarle, siendo v. md. un hondísimo pozo de ciencia infusa! sino por no rebajarse hasta las inteligencias vulgares; pero yo, que soy, como si digéramos, el complemento de v. md., y vulgo por añadidura, he tomado á mi cargo razonar las decisiones magistrales que de la pluma de v. md. brotan en borboton, con gran contentamiento de aquellos de quienes dice Espronceda que,

Se burlaran de Villena mismo
Evocando los diablos del abismo.

Vamos, pues, á probarle á la *Iberia* que desbarra.

Las mercancías nacionales deben ser compradas por los buenos españoles con preferencia á las extranjeras magüer (estilo del Diario) sean estas mas baratas; porque así protejemos nuestras industrias, damos auge al comercio, animamos el espíritu de empresa y propendemos ef-

cazmente á que la riqueza nacional llegue al pináculo de su engrandecimiento. Dirán los ilusos libre-cambistas que siendo españoles los que compran y los que venden, no haremos otra cosa que cambiar el dinero de un bolsillo en otro y que los consumidores, es decir, el mayor número, serán explotados, que las industrias producirán menos, porque siendo los efectos caros, tendrán poco consumo; y que como no puede haber sobrantes que importar en otros países, porque en estos la competencia seria en extremo favorable á los extranjeros que pudieran producir mas barato, resultaria que no habíamos protegido, como creíamos, á la industria nacional, sino á unos cuantos monopolistas. Esto dirían, nuestros contrarios y la *Iberia*; pero ¿quién no conoce que todo ese razonamiento es sofisticado? Así, pues, ya hemos victoriosamente batido á los libre-cambistas en su primer atrincheramiento. ¡Vengan, pues, dos coronas de triunfo, una para la *Prensa* y otra para su modesto Complemento!

Veamos el segundo argumento de los desgraciados innovadores.

Un parisiense, dicen, prefiere por simpatía patriótica, comprar efectos franceses, aunque sean los ingleses mas baratos, y propende con esto á que sus paisanos produzcan mayor cantidad del artículo comprado. Bueno. Pero el francés que ama á otro francés mas que á un inglés,

tiene tambien mas simpatía por un hijo de Paris que por un borgoñon, y de consiguiente prefiriendo comprarle á su conciudadano, propende á que todas las industrias posibles se ejerzan en la ciudad capital. Muy bien: pero este parisien se comprador, tambien por simpatía natural, quiere mejor favorecer á otro parisien se pariente suyo que á un extraño, y propende á que su pariente emprenda muchas industrias. Por último, el susodicho parisien se, amándose á sí mismo mas que á su pariente, prefiere comprar en su tienda lo que necesite, y propende así á que su tienda se vuelva no solo un almacen arca—de—Noé, sino tambien una fábrica de cuanto pueda un hombre desear, fábrica en que no habrá mas trabajador, ni mas capitalista, ni mas empresario que él mismo. De modo que con la proteccion volveremos á los primeros dias de la humanidad, en que cada hombre producía cuanto necesitaba y que no existía el comercio.

Este argumento es contraproducente. En efecto, si merced á la proteccion habrian todos los franceses de dedicarse á la vez á todas las industrias ¿qué mayor, qué mas sólida felicidad pudieran apetecer? volveria para Lutecia la decantada edad de oro; jamás sufriría presion extranjera, ni crisis comerciales, ni oscilacion de precios, ni quiebras, ni nada, en fin, de lo que sufren hoy los pueblos por haber abandonado el antiquísimo y venerando sistema de la proteccion indefinida. La Inglaterra no ganaria gruesas cantidades comerciando con los franceses, como en el dia sucede.

Además; si bien es cierto que la proteccion crea un antagonismo internacional, no sucede lo mismo de provincia á provincia, ni de ciudad á ciudad, ni de individuo á individuo: son todas estas, cosas muy diversas. Pero, dado que resultara lo que dicen los libre-cambistas ¿qué mal habria en ello? Acaso su producto, porque sea producido por cada uno de los individuos de la nacion, deja, por esta circunstancia, de ser nacional?

Queda, pues, destruido el último atrinchamiento enemigo: hemos, la Prensa y yo, derrotado á nuestros contrarios, hiriéndoles el corazon con sus mismas armas: pedimos por lo tanto que se nos dieran los honores del triunfo. ¡Hurrah por la Prensa!

BR. DULCAMARA.

ARTICULO

sobre la traduccion del diálogo de Syla y Eucrates.

(Finaliza.)

—¿Y qué me importa á mi que se las llame crímenes si con ellas di nueva vida á la República? Prefirieras tú que hubiese yo visto indolente el tráfico vil de los senadores, prostituyéndose hasta el punto de vender el senado á un pueblo que persuadido de que la libertad debe ser tan extrema como la servidumbre intentaria destruir hasta la misma magistratura? ¿Ignoras acaso que el pueblo tan indócil al yugo de las leyes como descontento de la gravedad

del Senado, pugnó en todos tiempos por librarse de uno y de otro? ¿Y qué mucho será que quien fué bastante ambicioso para ayudarlo contra el Senado y las leyes lo sea tambien para dominarle despues? ¿No ha sido ese el término que han tenido tantas Repúblicas de la Grecia y de la Italia? Hubo un tiempo en que para preservarse de esta desgracia el Senado tuvo que llevar á la guerra á este pueblo indómito y turbulento; pero despues que á fuerza de desolar la tierra y subyugar apesar suyo naciones enteras, cuya sumision le es hoy tan gravosa, no les quedaban enemigos que vencer ¿cuál hubiera sido su destino sin mi? ¿Habria impedido que el pueblo en su ciego frenesí de libertad se hubiese entregado en manos de Mario ó del primer tirano, que aprovechándose del momento la alhagase con una sombra de independencia?

Bien, sé que los Dioses que han dotado á la mayor parte de los hombres de una ambicion pusilánime han repartido casi indistintamente tantas desgracias á la libertad como á la servidumbre; como si de propósito quisiera dándoles el deseo de adquirirla quitárselo por la fuerza de los obstáculos que les presenta. Pero qué importa si cualquiera que sea el precio de esta noble libertad es preciso pagarla á los Dioses. No porque el mar se trague algunos buques ó innunde países enteros se le ha de mirar con horror, ni es por eso menos útil á los hombres. En fin la posteridad decidirá lo que Roma ni se ha atrevido á examinar, y espero que cuando juzgue mis acciones reconocerá con asombro que aun no verti bastante sangre, pues no castigué á todos los del partido de Mario.—

—De nuevo te repito Syla que me asombras..... ¿Será posible que ames á tu patria y que en testimonio de este afecto hayas derramado tanta sangre? ¿Con razon me estremezco!

—No Eucrates, me dijo entonces con una agradable sonrisa que contrasta tambien con su carácter; nunca he tenido á la patria aquel amor exclusivo y violento de que tantos ejemplos hallamos en los primeros tiempos de la República: antes que este amor es para mi el de mi gloria; y te confieso que aprecio tanto á Coriolano que corre á sangre y fuego hasta las puertas de su ingrata patria y que hace arrepentir á cada ciudadano de la afrenta que en comun le hicieron; como al mismo Coriolano cuando salvó la patria arrojando á los Galos del Capitolio. No, no me precio yo de ser idólatra ni esclavo de la sociedad de mis semejantes, y esa pasion que tanto se decanta es, por demasiado popular, incompatible con la altivez de mi alma. Guiado únicamente por mis reflexiones, y mas que todo por el desprecio con que miro á las hombres: puede sacarse por la manera con que he tratado al único

pueblo grande del Universo el sumo desvío que me inspiran los demás: los he considerado á todos como esclusivamente destinados para servir á mi elevacion ó á mi venganza. Solo yó naciendo he creído que debia ser libre: y si como el destino me hizo nacer en una República me hubiera echado en medio de salvajes, en vez de la gloria de conquistador que he obtenido, buscando la de los hombres libres, habria aspirado á usurpar el trono, mucho menos por el placer de mandar que por la necesidad de no obedecer. Cuando entré en Roma á la cabeza de mis veteranos no respiraba ni odio ni venganza; pero juzgué implacable á los romanos asombrados. ¡Cobardes, les dije, siendo libres quisisteis ser esclavos! No, antes morir, y con eso tendreis al ménos el honor de morir todavía ciudadanos de un pueblo libre.

Me parecia el mayor crimen atentar á la libertad de un pueblo que me tenia á mi por ciudadano; y como tal lo he castigado sin que al ejecutar mis intentos se mediese nada de ser reputado por el enemigo ó el bienhechor de la República. Y sea como fuere logré restablecer el Gobierno de nuestros padres, hice espíar al populacho las afrentas con que humilló á la nobleza, suspendí las animosidades y Roma nunca estuvo mas tranquila.

Juzga tú ahora por lo que te he dicho de las sangrientas escenas de que has sido testigo; y te creo bastante instruido ya para que disciernas los motivos que me han determinado á ellas. Si hubiese tenido el feliz destino de vivir en aquellos dias venturosos de la República en que los ciudadanos tranquilos en sus casas entregaban á los Dioses una alma libre y sin mancha, me hubieras visto á mi tambien pasar mi vida en este retiro, que no he obtenido sino á costa de tanta sangre y tantos sacrificios.—

—Señor le respondí, no es poca dicha para el género humano que el cielo no sea tan fecundo, en producir hombres que te se parezcan. Nacidos en la medianía, acostumbrados á no pasar del curso regular de las cosas, nos agobia el peso de los géneos, y con razon, porque pagamos muy caro su misma superioridad, que no se adquiere sino á costa de tanta sangre y tantos esterminios.

La ambicion de los héroes te parecia muy comun: y por eso fundaste la tuya en cálculos y razonamientos: el deseo insaciable de dominacion que notaste en algunos ciudadanos te hizo tomar la resolucion de ser extraordinario, y el amor de la libertad te hizo terrible y cruel. ¿Y será posible que un heroísmo razonado y que se funda en cálculos y principios seria en sus resultados mas fatal y pernicioso que otro mas ciego y de mera impetuosidad! Mas nó me dirás como si para dejar de ser esclavo tuviste que usurpar la dictadura, te podrías conservar con libertad despues de

haberla abandonado? Tú dirás que el pueblo Romano te vió inerme y no atentó contra tu vida. Es verdad, y sin duda la osadía te libró de ese peligro; pero no te aventures á otro igual: acaso te amenaza otro mayor, y quizá vendrá día en que un criminal mas osado que tú se aproveche de tu moderación y te confundas en la multitud de un pueblo sometido.

—No, que aun me queda un nombre y ese basta para mi propia seguridad y la de todo el pueblo Romano. ¿Y qué importan las empresas si no hay ambición que no se hiele de espanto ni conspirador que no tiemble al pronunciarle? Aun respira Sylva y su genio es mas poderoso que el de ningun romano; le cercan Cheronea, Orchomene y Signion. He dado en cada familia de Roma un ejemplo doméstico y terrible; nadie hay en ella que deje de tenerme presente y que aun en sueños no me vea todavía cubierto de sangre, levantada la segur é inscribiendo su nombre en la lista de los proscriptos. En hora buena que se murmure en el secreto de las paredes domésticas contra mi y contra mis leyes pero ¿qué importa todo eso si no hay sangre que baste á borrarlas de Roma? ¿qué importa si aun vivo entre sus muros? Si mi diestra vibra todavía el acero que blandía en Orcomene, y aun me cubre el escudo con que me presenté ante las murallas de Atenas? ¿Dejaré acaso de ser Sylva porque en mi marcha no vaya precedido de lictores? Tengo en mi favor al Senado, la justicia de mi causa y las leyes; el Senado cuenta con mi genio, mi fortuna y mi gloria.—

—Convengo, le digo, en que cuando una vez logramos imponer á los hombres por un hecho extraordinario, conservamos siempre sobre ellos un género de superioridad que nunca se les olvida.—

—Si, es verdad, he asombrado al pueblo, y no me ha costado poco. Repara la historia de mi vida y hallarás que este ha sido el secreto de todas mis acciones. En mis contiendas con Mario, indignado de verle saliendo de la nada hacer alarde de la bajeza misma de su origen y reducir á mil humillaciones á las familias mas ilustres de Roma, juré vengarlas y refrenar sus furios. Era joven todavía y ya sentí en mi toda la elevación de un alma grande para pedir al ambicioso Mario cuenta de sus ultrajes. Con este fin le atacué con sus mismas armas; es decir por victorias conseguidas contra los enemigos de la República.

Esta misma conducta observé cuando arrastrado por los caprichos de la suerte me ví forzado á salir de Roma y hacer la guerra á Mitridates. Me propuse entonces perder á Mario en el campo mismo en que vencía á su enemigo, y mientras que él se entregaba en Roma á todo el ascendiente que tenia sobre el populacho, yo constante en mi propósito

le multiplicaba todo género de mortificaciones; y haciéndole ir diariamente al Capitolio á dar gracias á los Dioses por unos triunfos que le desesperaban, le hacía una guerra de reputación mil veces mas funesta á su gloria que la que mis legiones hacían al Rey bárbaro. Tenia un estudio particular en que no se escapase de mi boca una sola palabra que no mostrase la audacia de mi genio; y ví que mis acciones mas indiferentes, aunque siempre soberbias, eran para Mario muy funestos presagios. Abatido Mitridates por los reveses de sus armas me pidió la paz bajo condiciones racionales, y que yo habria aceptado á estar Roma mas tranquila y mi suerte ménos vacilante; pero su destino y el mal éxito de mis negocios lo decidieron de otro modo: propuse condiciones mas onerosas; exigí que destruyese su escuadra y que devolviese á sus vecinos las posesiones que les habia usurpado. “Bastante te concedo, le digo con arrogancia, conservándote el reino de tus padres, á tí á quien por un favor muy especial he dejado la mano con que firmaste la orden de asesinar en un día á cien mil Romanos.” Mitridates absorto no supo que responder y Mario en Roma tembló.

Esta audacia que tanto me ha servido contra Mitridates, contra Mario, contra su hijo, contra Telesino, y contra el pueblo, que salvó mi dictadura; defendió tambien mi vida el día que la abdiqué, y es la que asegura mi libertad para siempre.—

—Te engañas Señor; si piensas librarte de este modo; antes que tú creyó lo mismo Mario cuando bañado en la sangre de sus enemigos y la de los Romanos mostraba esa audacia que tú mismo te encargaste de castigar. No te seduzca la ilusión, ni pienses que has de ser mas dichoso porque cuentes algunas victorias mas y hartó mayores escesos. Tú mismo diste el ejemplo del crimen que debias castigar; y cree á mi experiencia cuando no á mi razón; este ejemplo será seguido y no el de un desprendimiento que mucho será si mereciere alguna esteril admiración. Desde el momento en que los Dioses permitieron que Sylva usurpase la dictadura en Roma, proscibieron para siempre de allí la libertad. ¿Ni qué poder habrá que arranque ya del corazón de sus caudillos la ambición de reinar? ¿Nó les has enseñado tú que hay un camino mas seguro para llegar á la tiranía y conservarla sin peligro? ¿Nó fuiste tú quien divulgaste este fatal secreto y quien ha quitado lo único que forma los buenos ciudadanos de una República ya demasiado populosa y rica, que es la impotencia de poderla oprimir?

A estas palabras Sylva perdió el color, y guardó por un momento silencio, pero rompiéndolo al fin me dijo con alguna emoción.—No temo mas que á un solo

hombre, en el cual descubro la ambición de muchos Marios: su juventud; los ruegos de su familia y sus amigos, su fortuna, un destino mas poderoso quizá, le libraron de mi sangrienta segur; le observo de continuo; procuro descubrir en su alma los secretos que oculta; me parece que encierra en ella designios profundos. Pero ¡ah! si por desgracia abrigase el de sojuzgar á hombres que yo he constituido mis iguales, ¡miserio de él! ¡pero por los Dioses que habré de castigar tanta demencia!

EL RECOLETO.

EL PERIODISTA.

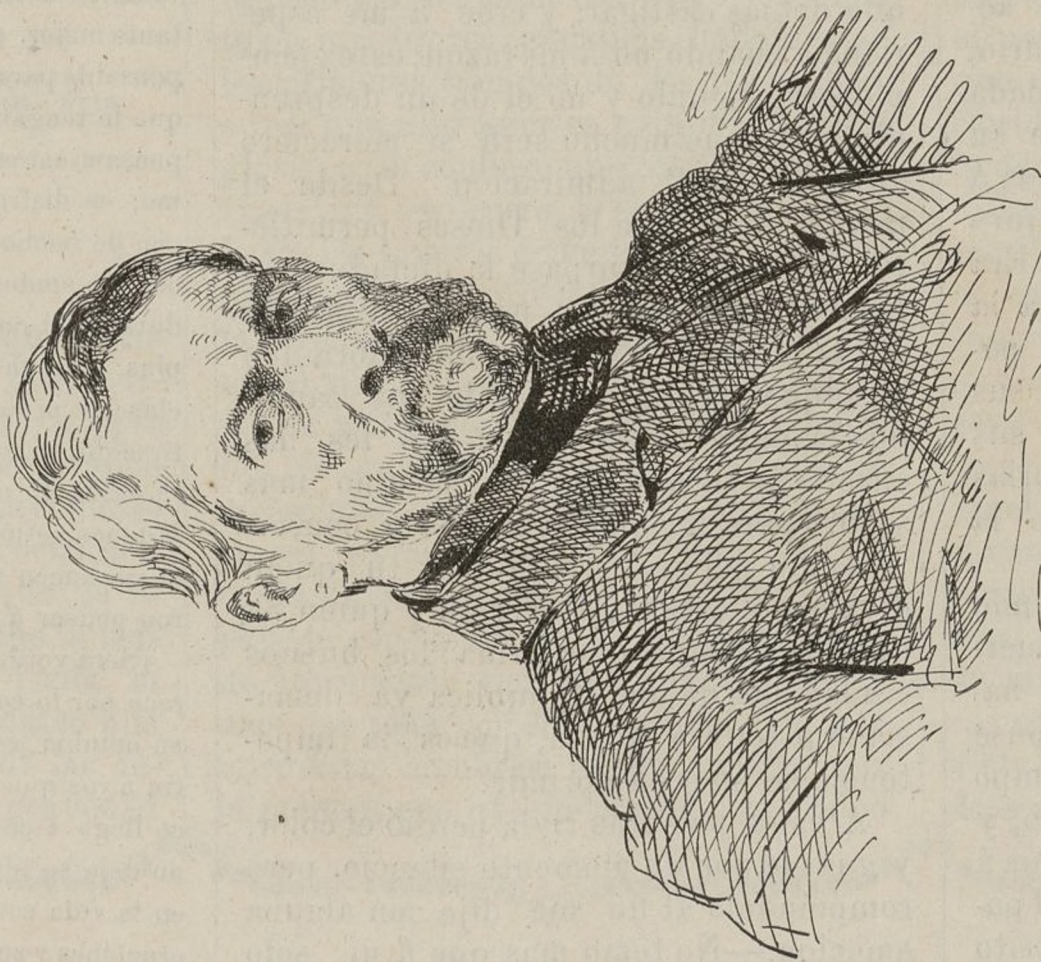
El vulgo vé pasar al periodista y dice, con la ciega fé de la ignorancia, “es un sabio:” es un hombre de talento, piensan las mugeres, para quienes la verbosidad es un mérito relevante; es fanático, esclaman sus contrarios; es una potencia, es un tráfuga de la literatura, es un apluma venal, es el dispensador de la fama, es el árbitro de la opinión, dicen sucesivamente el político, el literato, el gobernante, el cómico, el escritor: y el periodista en tanto prosigue su camino sin sospechar siquiera ni los calificativos con que le adorna el público, ni que es objeto de curiosidad general, ni mas ni menos que si fuera un *ornitorrinio* ó un *gorilla*, animales cuya existencia han tenido que reconocer los naturalistas, apesar de que en tiempos de Bufon no se imaginaba nadie que pudieran existir.

¿Merece el periodista esos dictados? aciertan ó se engañan sus calificadores? Todos tienen razón; pero ninguno descifra por completo el enigma. El periodista no es un sabio; porque los sabios no quieren ser periodistas: esto sin embargo, todas las ciencias contribuyen á la redacción del periódico, no porque se alojen en el cerebro del redactor, sino porque las tiene este á su inmediato servicio en las Enciclopedias que forman su biblioteca.

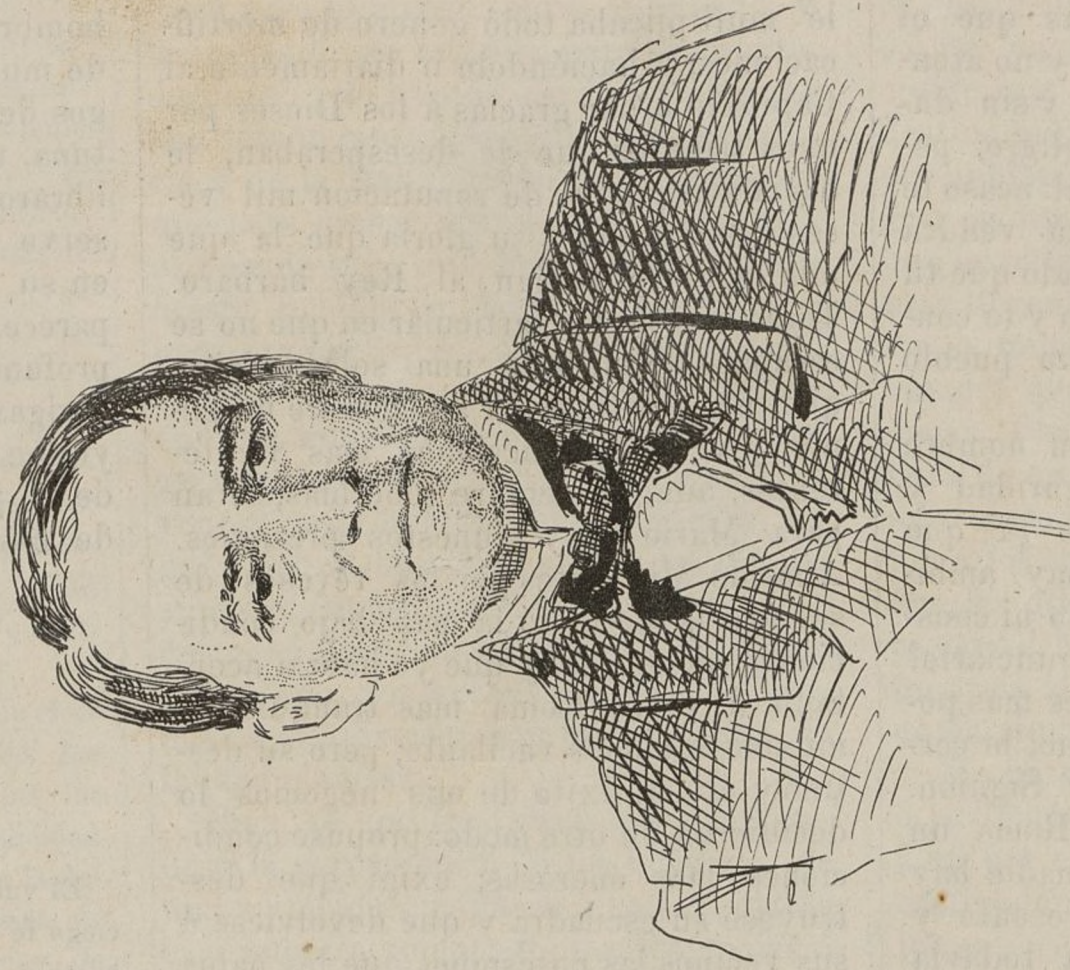
En cuanto á que es hombre de talento, hay tambien mucho que decir: si lo es efectivamente, tanto mejor, pero el talento no es cualidad indispensable para escribir en los periódicos; basta con que le tengan otros: las ideas, las opiniones, los pensamientos, son bienes comunes en el periodismo; en disfrazándolos con la expresión pertenecen de hecho á quien los publica. Ni puede ser de otro modo: algunos hombres consiguen tener, durante el curso de su vida, dos ó tres ideas propias, pero la mayor parte, jamás adquieren tal clase de propiedad y tienen por lo tanto que surtir de ese artículo tomándolo del fondo comun. ¡Escriba V. un artículo diario con ideas propias! Muchos periodistas se figuran que piensan, cuando no hacen otra cosa que recordar lo que oyeron pensar á otros.

¿Será verdaderamente fanático? Como tal aparece por lo comun, pues se aferra á lo que llama su opinión, con tal tenacidad y ataca con tal furia á los que no siguen su bandera, que el público llega á creer que habla de veras; pero cuando deja su pluma y entra, como simple mortal, en la vida comun, entonces rie de sus elocuentes oraciones y se burla, bajo capa, de los que toman

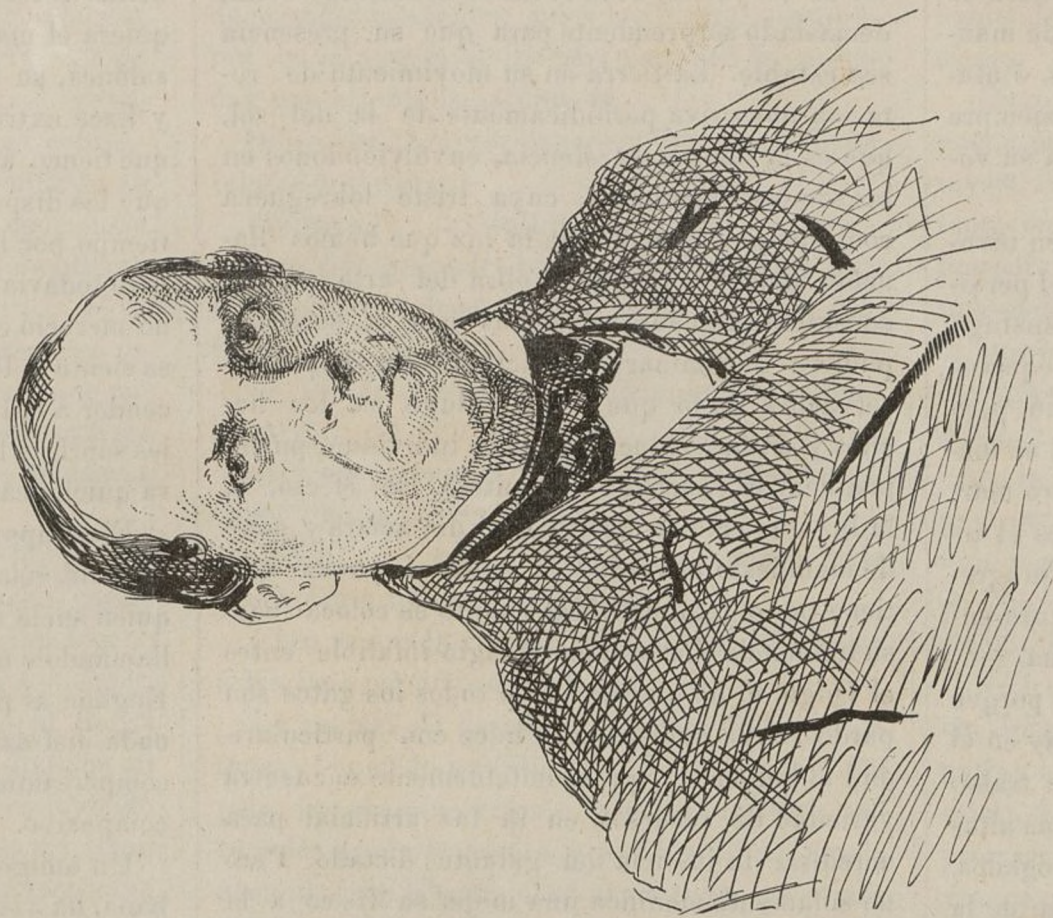
RETRATOS DE LOS COMISIONADOS.



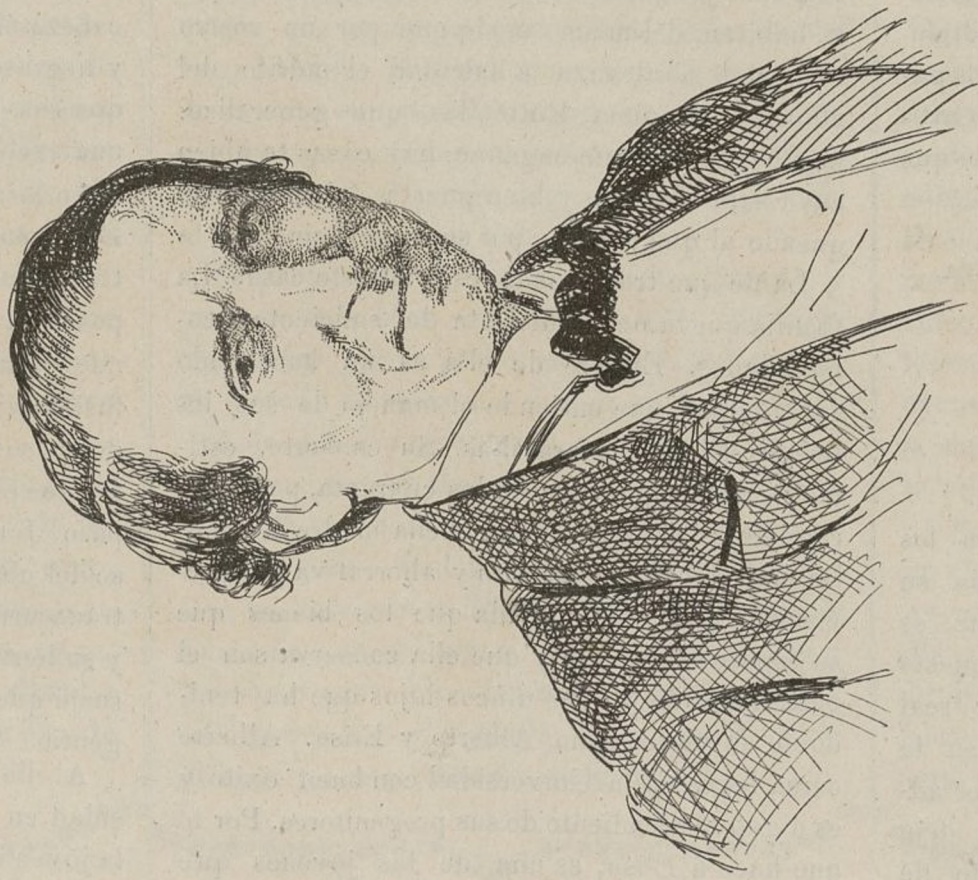
D. José Antonio Saco,
(Por Santiago de Cuba.)



Conde de Pozos Dulces,
(Idem Villaclara.)



D. Calixto Bernal.
(Id. Puerto-Príncipe.)



D. José Morales Lemus.
(Id. Remedios.)

por moneda corriente su ciceroniana profesion de fé. Soldado de la opinion, dócil á la voz de mando ó defiende bravamente sus trincheras, ó ataca las brechas enemigas, combatiendo siempre con desesperacion y muchas veces contra su voluntad.

Potencia, le llaman algunos, y cometen involuntariamente un tropo al llamarle así: el periódico es una potencia, el periodista, no. Tránsfuga de la literatura, le apellidan otros y se equivocan tambien: no será de profesion literato, pero es hombre de letras; la palabra escrita es su instrumento; quizas no busque lo bello, pero marcha en pos de lo útil; no es el poeta, no es el artista de la palabra, pero es el obrero del progreso intelectual: es un ministro de la literatura enviado al gran palenque de la vida humana.

Pluma venal: así lo insultan algunos, porque cobra su jornal. Pero entónces ¿quién hay en el mundo que no sea venal? Todos los que trabajan perciben el premio condigno. Los mas altos empleados, los ministros del altar, los abogados, los médicos, todos en fin, los que no viven de la caridad pública, son venales; puesto que venden sus servicios. Algun periodista, por desgracia, puede acallar su conciencia con el ruido del oro: lo mismo puede suceder con un juez, con un médico, y no diremos sin embargo que todos los médicos, que todos los jueces venden su conciencia.

Otros dicen que es hoy el periodista el dispensador de la fama; que tiene su pluma el poder de crear y destruir las reputaciones artísticas. Error: donde no haya mérito verdadero en vano será que le quiera crear el periodista; donde le haya quedará siempre enhiesto por mas que las *gaceticillas* le den bruscos y redoblados ataques. El gusto popular, esa especie de instinto adquirido, es mejor juez casi siempre que el periodista, otros en fin le creen árbitro de la opinion. Error tambien: cuando nuestra opinion concuerda con la del periodista, admitimos entonces como buena la suya; cuando no, bien podrá fatigarnos con largos y sofisticos artículos, sin que logre convencernos; y si por acaso está á punto de persuadirnos, arrojamos el papel, porque nuestro amor propio, nuestra vanidad se revela contra la nueva doctrina que, á nuestro parecer, se trata de imponernos.

Ahora bien ¿qué es, pues el periodista? Un hombre, como otro cualquiera, que en vez de dedicarse á la abogacia, á la medicina, á la diplomacia y á otra de las numerosas profesiones públicas, se pone á ganar su vida escribiendo artículos de periódico, sin dársele un ardite de que los lea ó nó el público, para quien escribe.

EL TROMPETA.

A LA LUZ DEL GAS.

Es propiedad de la luz hacer que brillen los objetos, que resalten y pongan en evidencia su mérito. Considerada de esta manera la luz, es el símbolo de la equidad, de la justicia, puesto que aclara y pone de manifiesto el valor real donde quiera que lo halla y se complace en la ostentacion de las cualidades dignas de ser admiradas. ¡Honor, pues, á la luz que nos deja ver claro todo lo que merece nuestro tributo de admiracion y aprecio, proporcionándonos el pla-

cer de ser justos! Pero la luz es demasiado bella, demasiado sorprendente para que su presencia sea estable. La tierra en su movimiento de rotacion nos priva periódicamente de la del sol, que es la luz por excelencia, envolviéndonos en las sombras nocturnas, cuya triste lobregueza conjuramos por medio de la luz que hemos llamado artificial, porque es obra del arte y que considerada en sus relaciones con la sociedad pudiera denominarse artificiosa. La simple observacion de lo que ella influye en los hechos y en la conducta de cada individuo, puede justificar la exactitud del epíteto. En efecto, si la luz que emana del astro del día aclara y pone de manifiesto la verdad, la artificial parece que tiene por objeto modificar cuanto se coloca bajo su influencia. Corre como adagio infalible entre el vulgo, el de que de noche todos los gatos son pardos, cuya aplicacion se hace con particularidad al bello sexo, que indudablemente encuentra variedad de recursos en la luz artificial para acreditar la justicia del galante dictado. Pero no solamente modifica una mujer su físico á la luz artificial; puede del mismo modo modificar su carácter y aparecer rodeada de un prestigio que en realidad no posea. Tal es el objeto del presente relato.

De todos los medios hasta ahora usados para obtener esa luz artificial, indudablemente alcanza la primacia el que nos facilita el gas, maravilloso invento del siglo llamado de las luces, á pesar de la mucha oscuridad que aun reina en diversas materias. y que gracias á las tendencias al progreso indefinido que domina á la actual generacion, no es difícil se vayan aclarando. Así se aclararán mas de cuatro conciencias, harto opacas por desgracia de los que tienen que soportar sus hechos y á las cuales no logran diafanizar todas las luces del siglo.—

No se me tache de digresista, pues precisamente en la última observacion se halla comprendida la idea de estas páginas; porque en efecto es asunto de conciencia el de que se trata. Juzgad si no por el exámen que vamos á hacer de las acciones de la heroína que pongo en escena.

Es á una casa de buena apariencia á la que nos dirigimos, cuya sala amueblada con elegancia y gusto, anuncia que allí reina lo que en lenguaje económico se llama comodidad, bienestar. La sala es la fisonomía de la casa; por ella se puede juzgar del valor pecuniario de los que la habitan; del mismo modo que por un rostro expresivo se alcanza á calcular el mérito del alma que lo anima. Entiéndase que generalizo: hay fisonomías que engañan; hay casas tambien cuya sala elegante y bien puesta dejaría chasqueado al que juzgase por su apariencia.

La de que tratamos no está en este caso. La familia que la ocupa disfruta de suficientes comodidades. El jefe de ella es un hacendado sin trampas, que entiende el manejo de sus intereses á las mil maravillas. Su consorte, estimable dama que raya en los cuarenta, posee las cualidades propias de una buena madre de familia, hacendosa por instinto y ahorrativa por prevision y orden. No olvida que los bienes que su esposo acrecienta y que ella conserva son el patrimonio de los dos únicos hijos que ha tenido de su matrimonio, Alberto y Elisa. Alberto cursa leyes en la Universidad con buen éxito y es digno descendiente de sus progenitores. Por lo que hace á Elisa, es una de las jóvenes que forman el ornato de nuestra sociedad por sus

bellas dotes físicas, las que obtienen por donde quiera el mas completo homenaje. Reina de los salones, su hermosura impone á las de su sexo y hace estremecer de entusiasmo á los jóvenes que tienen á grande honor la mas leve gracia que les dispensa. Mas de uno ha suspirado largo tiempo por la felicidad de interesar su corazón; pero todavia ninguna fué tan favorecido, ninguno mereció esa honra. Elisa los desprecia. Elisa se siente colocada muy alto para que pueda descender á tan mezquinos pretendientes; y aunque les sonríe y los atiende se reserva sus favores para quien sea mas acreedor.

Elisa aparte de todo esto es el reverso de la medalla, relativamente á su hermano Alberto, quien suele mofarse en sus ratos de buen humor llamándole mentecato, porque no obra como ella. Engaña al público; pero á sus padres, á quienes nada disfraza, los tiene muy disgustados con su comportamiento nada digno y su corazón poco compasivo.

Un amigo de Alberto recién llegado á la Habana, ha visto á Elisa una tarde en el paseo y su soberbia hermosura lo ha fascinado. Al cruzar por ante el joven lánguidamente reclinada en su carruaje en compañía de su madre, Elisa ha fijado en él sus soberanos ojos negros guarnecidos por largas y lucientes pestañas, y á esa mirada momentánea, el cerebro del joven se ha trastornado. Ha creído ver en esa joven que ante él pasaba, una de las creaciones mas bellas que haya podido soñar la fantasía de un artista inspirado.

Desde esa tarde el joven Jorge no ha tenido mas pensamiento que aproximarse á Elisa y hacerse amar de ella. La casualidad, que se muestra siempre propicia á los enamorados, facilítale el medio. Una noche de retreta en el Parque, estando sentado próximo á uno de los pocos faroles que hacen por alumbrar aquel paseo, ha visto pasar á su bella aparicion del brazo de su amigo Alberto. Gran sorpresa, gran sobresalto! La desconocida ¿será acaso hermana de su amigo? Jorge permanece sentado, palpitante y ansioso, aguardando que pase de nuevo la beldad que ya adora, y cuando esto sucede, Jorge clava sus ojos en la elegante joven, devorándola con la vista. La ve deslizarse por el enarenado piso del Parque, con toda la graciosa magestad que le permite su apuesta estatura y todo el donaire de una linda hija de esta tierra privilegiada. Su cabeza ondula suavemente, ostentando profusa y negra cabellera artísticamente peinada y todos sus movimientos parecen anunciar en ella una excelente organizacion. Al fin desaparece entre la concurrencia y Jorge se queda estático. De repente abandona su asiento, se mezcla entre la muchedumbre y va á seguir de cerca los pasos de la adorable criatura. Pero han dado las nueve, la banda rompe el paso doble y la confusion crece. Hallándose cerca de la estatua donde se estaciona la música se vé precisado á detenerse porque un grupo apretado le intercepta el paso. Jorge se debate en vano, pugna por librarse del obstáculo y lo logra al fin; pero como ha transcurrido un minuto durante su lucha, Elisa y su hermano han tenido tiempo de subir al carruaje que ya se alejaba cuando Jorge salió del gentío.

Al día siguiente Jorge se dirige á la Universidad en busca de Alberto, y se entera de que la joven es su hermana. Manifiéstale al punto el deseo de que lo presente á su familia y su ami-

go condesciende, llevándole aquella misma noche á su casa. Elisa á quien habia llamado la atencion el jóven, estuvo con él muy amable y afectuosa, acabando de hechizarle y trastornarle con tales demostraciones. No pasaron muchos dias, sin que Alberto oyese de boca de su amigo la confesion de su amor á Elisa, lo que disgustó mucho al noble jóven; pues amándole cordialmente, le pesaba hubiese puesto los ojos en su hermana, la que á juicio de su recta conciencia no era merecedora del honrado cariño de ningun jóven, por su hipocresía.

Teniendo no obstante que mantenerse en la reserva, contestó á Jorge en los términos que podía este esperar, atendidas las circunstancias que reunía para pretender con derecho enlazarse á una señorita distinguida.

Puestas, pues, en conocimiento de los padres de Elisa las intenciones de nuestro jóven, continuó frecuentando la casa sin interrupcion, logrando al poco tiempo la correspondencia á su amor.

¡Cómo se deleitaba Jorge, cuando al llegar por las noches á casa de su amada la hallaba en la sala con vaporoso trage blanco, ora leyendo un tomo de poesías, ora tocando el piano! ¡Qué atmósfera mas gratamente perfumada respiraba allí, qué armonía hallaba en cuantos objetos ornaban la sala, qué vívida la luz del gas, que iluminaba aquel cuadro bello, poético elegante y en cuyo centro se ostentaba hermosa y espiritualizada su interesante Elisa!

—Elisa, cuán venturoso me hace tu vista! murmuraba Jorge llegando á ella y estrechándole la mano. ¡Qué hermosa, qué encantadora te hizo el cielo, y todo para mi dicha.... Elisa ¿eres tú tan feliz, como lo soy yo cuando estoy á tu lado? ¿experimenta tu corazon este mismo secreto gozo, esta misma inefable alegría que me embarga?... ¿Es tu amor tan inmenso como el que me inflama?... Elisa, responde....

Y Elisa sin responder, sonreía á su novio de una manera tal que los cielos se entreabrian para Jorge, y quedaba arrobado.

Luego llegaban las visitas y la jóven desplegaba á los ojos de su amante todo el repertorio de sus aparentes dotes de amabilidad, de dulzura, de sensibilidad suprema. Si habia niños los besaba, los halagaba de mil maneras y les hacia experimentar los efectos de una ternura sin límites, cuyas manifestaciones conmovian profundamente el corazon del noble Jorge, tan interesado en los puros y excelentes sentimientos, que veia ostentar á la que amaba al extremo de hacerla su esposa.

Esta comedia duró cerca de un año, Jorge cada día mas prendado de los raros méritos de Elisa, habia pedido su mano y se preparaba á efectuar su enlace de allí á un mes. Mientras tanto Alberto sentia fuertes remordimientos, calculando la horrible desdicha que se labraria su amigo con aquel matrimonio; sin que pudiese él desengañarlo, colocado en la crítica alternativa de arrancar la máscara á su hermana, ó dejar que su amigo se hiciese infeliz. Terrible disyuntiva para un corazon tan recto y noble.

Los padres de la jóven, con ese sublime amor de todos los padres, que esperan siempre la redencion de sus hijos, por mas indignos que sean, á favor de alguna gracia de la Providencia, esperaban que Elisa esposa y Elisa madre, se regeneraría y sería digna al fin, de que ellos no murieran sin bendecirla con toda la efusion de sus almas.

Veamos ahora si tenia visos de probabilidad, la realizacion de semejante esperanza. Son las nueve de la mañana y Elisa se halla aun en la cama, por cierto de malísimo humor; prueba infalible, de su mala condicion; pues los buenos despiertan con la algría de los pájaros y con la serenidad que ostenta la naturaleza.

De repente con voz áspera y desabrida llama repetidas veces.

Mariana! Mariana!

Aun está gritando, cuando Mariana, una mulata de unos doce años, se presenta toda trémula.

—¿Dónde estabas, condenada, que no vienes pronto?

Silencio por parte de Mariana y claras muestras de un terror extremado.

—Ahí..... responde al fin la mulata y se queda sin articular mas palabra.

Elisa se arroja con violencia de la cama, ase á Mariana por un brazo y la lanza contra el suelo.

La mulata dá desaforados gritos y Elisa entonces tomando un látigo que halla á mano, flagela sin conmiseracion á la pobre criatura. Al tumulto acude la madre y halla á Elisa medio desnuda, con el semblante amoratado, las venas del cuello hinchadas y casi espumante de rabia. “No hay, dice el autor del *Eclesiástico*, cólera que supere á la cólera de la mujer.”—Elisa en aquel estado corroboraba la exactitud de esta sentencia.

La buena señora interviene y pone fin á tan repugnante escena. Elisa se arroja de nuevo en el lecho y dá por respuesta, á las razones de su madre que la reprende con doloroso acento, palabras que traspasan el corazon materno.

Media hora despues la escena varía. Elisa pide su desayuno y se lo traen inmediatamente. Nuevos motivos de encolerizarse: nada la satisface, nada halla á su gusto. Tócale entonces á la cocinera sufrir sus terribles invectivas, sin que por eso Mariana, su víctima obligada, escape á su persecucion.

A las doce pide el carruaje, y por el primer motivo que inventa, reprende al caletero, á quien malhadamente se le ocurre justificarse; y entonces Elisa, so pretexto de que el negro se le ha insolentado, obliga al portero, que la teme extraordinariamente, y que aplique al criado algunos cuartazos. Obedece el portero á pesar suyo, se queja lamentablemente el esclavo, y entonces el padre, que trabaja en su gabinete, se presenta y dirige algunas reflexiones á su hija que la exasperan hasta el punto de prorumpir en llantos y quejas que ponen en colmo á la confusion del buen hombre. El resultado es que Elisa poniendo el grito en los cielos, como suele decirse, dirige á su padre amargas reconvenciones porque cede la razon al pícaro negro que la ha faltado al respeto, ántes que á ella, su hija.

El padre débil en demasia, para calmarla y probarle cuán léjos está de obrar como ella supone, castiga por su propia mano al inocente siervo y añade su injusticia á la de su hija.

Actos tan repugnantes, por inverosímiles que parezcan, no son mas que pálidos bosquejos de lo que en realidad sucede en algunas casas, donde unos padres mal aconsejados por su ternura á su prole, labran su infelicidad hasta el punto de consentir que se hagan crueles, inhumanos y perversos unos seres tan caros á su corazon; y todo por no haber vigilado sobre ellos desde la infancia y contrariado sus inclinaciones.

¡La educacion! Hé aquí, por ejemplo, una materia, que á pesar de las luces que nos alumbran, á pesar de la civilizacion que estas simbolizan, permanece todavía entre nosotros, generalmente hablando, entre las nieblas de las preocupaciones.

¿Os sorprende, pues, que una jóven como Elisa pueda presentarse luego á los ojos de su amante revestida de tanta dulzura, de tanta poesía y de tanta encantadora apariencia? Pues Elisa es representante de algunas jóvenes extraviadas por una mala educacion, que como ella son unas en lo interior de sus casas, y otras enteramente distintas en las sociedades, en las reuniones, á la luz del gas. ¿Cómo conocer el engaño, cómo hacer la distincion? Hé aquí la dificultad, pues para esta clase de bellezas pérfidias, se ha inventado el aforismo que dice: “Las mujeres pierden en dejarse conocer lo que ganan en dejarse ver”, y como ellas lo saben evitan el descubrimiento.

No ha sucedido así por cierto á nuestra heroína. Jorge se entera de todo por medio del vengativo caletero, que le proporciona modo de que asista á una de las diarias escenas en que la protagonista Elisa revelaba sus grandes disposiciones para caracterizar á Megera.

Desde la azotea de una casa contigua á la de su novia, deshabitada casualmente en aquellos dias, pudo Jorge desengañarse por sus propios ojos del funesto error en que hasta entonces viviera, respecto á la suavidad y dulzura del carácter de la jóven. Durante una tarde apacible de primavera, mientras cruzaban alegres los pájaros por el espacio azul, los árboles mecían sus copas al impulso de las brisas, y el sol declinaba magestuoso hácia el horizonte que se coloraba con mil matices, Jorge colocado en su azotea oía con desgarrador sentimiento, los ásperos gritos que lanzaba Elisa reprendiendo á Mariana, al par que los gritos de la maltratada criada. De repente redóblanse los gritos y lamentos y al mismo tiempo Jorge es espectador del mas repugnante espectáculo. Elisa con la cabellera suelta y en el mayor abandono, se presenta en el patio blandiendo un látigo con el que amenaza á Mariana, que huye exhalando mil ayes. Juzgad de la desesperacion de Jorge. Aquellas manos que él habia besado tantas veces, empuñando ahora el látigo infamante; aquel rostro en cuya contemplacion tanto se habia deleitado, contraído horriblemente entonces; y aquella voz que con tan dulces sonos habia halagado sus oídos, prorumpiendo en acentos tan broncos y tan desapacibles.....

Jorge, sin valor para presenciar ni un instante mas tan horrible cuadro, se precipitó por la escalera y se alejó apresuradamente de aquella casa que abrigaba semejante furia. En aquella misma noche todo habia concluido entre Jorge y Elisa, la que al verse descubierta, en vez de derramar lágrimas de dolor y arrepentimiento, desahogó su ira prodigando á Jorge los mas afrentosos dictados, sintiendo únicamente que no los oyera el jóven. La que si lloró largo tiempo fué la madre, y el padre desesperó para siempre de la reforma de su hija.

Desdichadamente no siempre se verifica lo que en el presente caso, y novios ha habido tan malaventurados que han vivido en el error hasta el dia de la boda, enlazando su suerte á la de una desdichada semejante que ha amargado el resto de sus dias. Ved, pues, como habeis de conducir para examinar á vuestra novia bajo todos los

puntos de vista imaginables, y no os atengais solo al aparente prestigio de que suelen rodearse jóvenes tan censurables como Elisa en las horas en que brilla en sus casas la luz del gás.

GENARO ABEL.

CUESTION ORTOGRAFICA.

Usado por el Obispo Las Casas el plural guaniquinas y tratándose de formar su singular ¿deberá ser este guaniquina ó del modo que lo propone Oviedo?

Los que están por la opinion de este último aseguran que siendo el singular guaniquina el plural seria guaniquina y no guaniquinas. En esta cuestion hay un dato cierto y una incógnita por despejar: el primero es la formacion del plural guaniquinas reiteradamente repetido por un testigo presencial y tan competente, calificado y de abono en la materia como debe reputarse al sábio y virtuoso obispo de Chiapa; y la segunda es á saber cual sea la formacion del singular porque no es de creer que la voz, usada por las Casas constantemente en el plural fuese de aquellas pocas escepciones en el idioma que carecen de singular; supuesto que entonces seria trastornar sin motivo el orden de la naturaleza; y visto además que todas esas escepciones no corresponden á nombres individuales en que cabe siempre la singularidad y la pluralidad, sino á actos y objetos que muy bien podian estar destituidos de ellas. Debiendo pues formarse un singular á la palabra en cuestion veamos si es mas exacto el que propone el Sr. Poey contra el dictámen de Oviedo.

La formacion de los plurales tiene una regla fija en nuestro idioma con algunas aunque pocas excepciones: aquella es que el plural se constituye agregando una s al singular y las excepciones son las siguientes: los nombres en singular pueden terminar por una vocal breve ó aguda ó bien por una consonante. Cuando la terminacion es una vocal de la primera clase el plural se forma segun la regla general: si es de la segunda, con contadas excepciones se le agrega al plural la sílaba es, y lo mismo sucede cuando termina en consonante de manera que siendo el plural guaniquinas es incontestable que el singular debe ser guaniquina, porque si terminase en vocal aguda, el plural seria guaniquinaes y no guaniquinas supuesto que el plural no añade nunca una consonante anterior, sino en unos casos la s y en otros la sílaba es.

La única dificultad que yo hallaría en la cuestion es á cerca de si debe pronunciarse y escribirse el plural con g ó con c supuesto que en sentir de la Academia la x realmente no hace el oficio de una letra sino de un nexó que se disuelve en otros dos y que en su opinion particular las mas veces inclina el sonido de g s y no al de e—s. Sin discutir aquí esta opinion de la Academia sobre lo cual me asisten muchas dudas, siempre seria cierto que la x no importa el sonido limpio y preciso de la j ni de la g, sino el de esa letra modificada por la s inclinando particularmente á esta última de manera que los plurales para ser realmente exactos deben cambiarla por la c como sucede en las palabras que terminan por z en veces, cruces, felices, luces, y otras

con particularidad en las de formacion mas análogas como haz, faz, antifaz, mordaz, locuaz. lo que prueba que en las conversiones de consonantes casi siempre inclinan por la c. Pero aun hay mas, tenemos nombres acabados en x en el singular que hacen precisamente el plural en c como onix, sardoniz, cuyos plurales son onices y sardonices. Es verdad que antes carcax, reloj hacian escepcion pronunciándose carcages relojes en plural; pero la Academia para evitar esta escepcion y á fin de establecer y confirmar la regla general, ha convenido en que esas voces se escriban en el singular terminando en j, diciéndose en el dia reloj, carcax.

De consiguiente y en mi opinion la cuestion queda resuelta con lejítimo fundamento á favor del Sr. Poey si no estoy de todo punto equivocado.

EL RECOLETO.

PENSAMIENTOS SUELTOS.

La virtud es el objeto de la moral, pero la ley tiene mas bien por objeto la paz que la virtud.

El hombre que no ocupa sino un punto, tanto en el tiempo como en el espacio, seria altamente desgraciado sino contara con seguridad ni aun por lo que toca á su vida pasada. Sobre esta porcion corrida de su existencia ha sufrido ya todo el peso de su destino y no debe volverse sobre ella. Lo pasado puede dejar pesares, pero termina todas las incertidumbres. En el orden de la naturaleza solo es incierto el porvenir, y aun aquella incertidumbre la dulcifica la esperanza, esa compañera inseparable de nuestra debilidad, y seria empeorar la triste condicion de la humanidad querer confiar por el sistema de la legislacion el de la naturaleza, reviviendo nuestros temores para un tiempo que no existe cuando no ha de volvérsenos las esperanzas que los aliviaban.

La vecindad que debiera ser un motivo constante de benevolencia y amistad entre los hombres y el alimento habitual de nuestros servicios y socorros, se convierte, yo no sé por qué fatalidad, en la causa mas frecuente de sus querellas y debates: por eso es menester oponer una barrera á la curiosidad indiscreta ó maligna de un vecino incómodo ó peligroso. Vendrá, tal vez, un tiempo dichoso en que la moralidad mas generalizada y perfeccionada ahorre estos cuidados á la ley; pero entre tanto ¿quién osará provocar el ojo de la envidia, ó de la malevolencia, en aquella casa abierta por todas partes que el confiado Druso habia pedido á su arquitecto?—

Tu vero inquit, si quid inte artis est ita compone dominum mean, ut quidquid agam at omnibus perspici possit Velleis Patérculus II. 14.

Yo no he visto sino una masa de hombres que se agitan confusamente en el mismo círculo: no se aman, no se estiman, no se respetan; pero se sirven los unos de los otros, se buscan cuando se creen útiles y se separan si se mudan las circunstancias, y la muerte de la mitad de los habitantes de una ciudad no impide que la otra mitad se entregue á los placeres de la mesa ó á los extravíos de la disipacion.

Inteligencia rápida, vaga, vaporosa, impelida de continuo de un punto al otro como el soplo de los vientos: nube errante, que presenta á la vista que le admira, ya magníficos palacios aéreos,

ó bien figuras fantásticas, y que acaba por ofrecer una rara confusion de matices sin armonía que se pierden por su misma indecision.

La una abundante y fecunda parece habla, como un libro, la otra abstraída y fantástica es quimérica como un sueño.

¡Qué de ilusiones engañadas! aquel pórtico magnífico parecia anunciarnos un palacio y solo nos conduce al mas ignoble de los reductos.

AVISO A NUESTROS SUSCRITORES.

Ocupándonos actualmente en el arreglo de varios particulares relativos á este periódico, es probable que no podamos publicar ningún otro número en lo que resta del presente mes. Si como esperamos, quedan aquellos terminados favorablemente, volveremos á continuar nuestras tareas desde el primer Domingo del entrante Julio.

BASES DE LA PUBLICACION.

Consta de 8 páginas de esmerada impresion, con caricaturas, y vé la luz todos los Domingos.—Precios de la suscripcion: \$1 en la Habana y Matanzas cada mes, y en los demás puntos de la Isla \$3.50 por trimestre, adelantados, franco de porte.

AGENTES DE "LA SERENATA."

Cienfuegos.—D. Francisco Anido.
Bejucal.—D. Luis E. Ortega.
Buenaventura.—D. Benito A. Gorgoll.
Managua.—D. Gabriel Espinosa.
Quivicán.—D. Rafael V. Oliva.
Sagua la Grande.—D. Indalecio Ramos.
Matanzas.—D. Ramon Del Monte.
Cabalazar.—D. Juan Ferrando.
Colon.—D. José M. Blanco.
Corralillo.—D. Martin Robí.
Alquízar.—D. José A. Moya.
Guanajay.—D. Antonio R. Gonzalez.
Cimarrones.—D. Francisco Fina.
Puentes Grandes.—D. Francisco Olartecoechea.
Santa María del Rosario.—D. Toribio de Arrocha.
Trinidad.—D. Pedro Carreras.
Puerto-Príncipe.—D. Severino Alvarez.
Villa Clara.—D. Antonio Anido y Ledon.
Santiago de Cuba.—Collazo Miranda y C.
Union.—D. Tomas Iribarne.
Güines.—D. José Mendoza.
Hulguin.—D. José M. Guerra Almaguer.
Güira de Macurigez.—Esteva y Hermano.
Jiguani.—D. Diego Barea.
Remedios.—D. M. F. Valdes.
Cárdenas.—D. Manuel J. Carrera y Sterling.
Santo Espíritu.—D. Fabian Court.
S. José de las Lajas.—D. Eleuterio Domingo.

Imprenta del TIEMPO, Cuba 71.